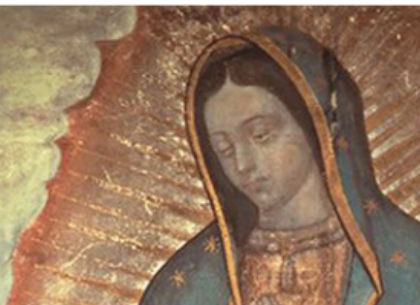




Seamos Católicos



JESUCRISTO, POR QUIEN SE REALIZA LA VUELTA DEL HOMBRE A DIOS II

Mons. Marcel Lefebvre

Si este hombre es Dios, ¡qué abundancia de dones debe llenar su alma y su cuerpo! Esta toma de posesión de esta alma y de este cuerpo por Dios mismo, confiere a este hombre atributos, derechos, dones y privilegios únicos, que superan todo lo que se puede imaginar.

Tratemos de acercarnos a este santuario divino para estimarlo mejor y adorarlo más perfecta y profundamente, y consagramos con entusiasmo y sin límites a su servicio. ¿Cómo no sentirnos llamados como los apóstoles, que lo dejaron todo inmediatamente para seguirlo?

Tres gracias particulares adornan el alma y el cuerpo de Jesús desde su concepción en el seno de la Virgen María, y desde la infusión del alma en el cuerpo que le fue preparado.

La primera gracia, que es también la fuente de las otras dos, es

única en toda la Creación. Por su decisión eterna de unir a su persona un alma y un cuerpo, Dios Verbo comunicaba a estas creaturas de manera inefable y misteriosa su misma divinidad, en la misma medida en que estas creaturas, por Voluntad divina, eran capaces de recibirla. Es la gracia que llamamos de unión hipostática, que confiere a esta alma y a este cuerpo una dignidad divina. Todos los actos de esta alma y de este cuerpo serán divinos, atribuidos a Dios, que asume la responsabilidad de toda la actividad de esta alma y de este cuerpo.

Esta gracia de unión confiere por naturaleza, y necesariamente, a la persona que vive en esta naturaleza humana, títulos únicos: Mediador, Salvador, Sacerdote y Rey. Toda mediación, todo sacerdocio, toda realeza entre las creaturas no podrán ser más que participaciones de estas propiedades, que son las

joyas naturales y propias de Nuestro Señor Jesucristo.

¿Cómo no darnos cuenta entonces de la sublimidad de nuestro sacerdocio, que es una participación de esta gracia de unión, propia de Nuestro Señor? En efecto, Nuestro Señor ejercerá su mediación, su misión de Salvador, por su sacerdocio; y el acto esencial de su sacerdocio será su sacrificio del Calvario, por el cual se nos merecen todas las gracias de salvación. La Cruz aparece ya, por esta gracia de unión, como signo de la inmólación de su divino cuerpo y de la oblación de su santa alma a su Padre, en una oración soberanamente eficaz.

Esto será lo esencial de su herencia legada a la Iglesia: su sacrificio eucarístico y propiciatorio, continuado en los altares por elegidos que participen de su único sacerdocio.

¡Ojalá que los seminaristas, los sacerdotes y los obispos encuentren la inteligencia de su sacerdocio en estas verdades fundamentales sobre la gracia de unión en Nuestro Señor, y estimen en su justo valor la sublimidad de la herencia que les ha sido legada, que ha de ser la fuente de su santificación y la fuente de su apostolado: el acto del sacrificio! Siendo este el acto constitutivo del sacramento de la Eucaristía, la vida de Cristo Sacerdote y Víctima, que debe ser su vida interior, es también la de su ministerio: dar Jesús a las almas.

[Esta unión indisoluble del sa-

crificio y del sacramento, que el Verbo encarnado quiso en su Sabiduría, es precisamente lo que rechazan los protestantes, y lo que los innovadores del Vaticano II han hecho desaparecer prácticamente por ecumenismo].

La gracia de unión confiere al alma y al cuerpo de Nuestro Señor una gracia santificante igualmente única en el mundo. Será tan abundante que se convertirá en la fuente de todas las gracias santificantes, que no son más que la comunicación del Espíritu Santo, del Espíritu de caridad de Nuestro Señor, «*de Quo omnes nos accepimus*: de quien todos nosotros recibimos» (Jn. 1, 16).

Esta gracia santificante produce en el alma y en el cuerpo de Nuestro Señor efectos maravillosos. Esta alma, desde el primer instante de su existencia, recibió la visión beatífica, de que Nuestro Señor disfrutó durante toda su existencia, incluso en la Cruz. ¡Gran misterio, ciertamente, el de esta alma inundada de la felicidad más perfecta, al mismo tiempo que abrumada por el dolor y la tristeza!

Este es el motivo por el que Nuestro Señor sólo podía tener la virtud teologal de la caridad, ya que tenía en su alma la visión beatífica, y con la visión beatífica desaparecen la fe y la esperanza.

Es difícil apreciar en su justo valor la profundidad y la riqueza de la caridad del alma de Jesús. Es evidente que esta gracia creada, aunque de una perfección inefable, no puede compararse con la fuente

infinita de caridad de la que provenía, que no es otra que la Vida divina de Jesús en el seno de la Trinidad.

Esta gracia santificante, única en su riqueza, colmó el alma de Jesús con las virtudes, los dones, las bienaventuranzas y los frutos del Espíritu Santo.

A esta gracia «*gratum faciens*», fuente de la santidad del alma y del cuerpo de Jesús, se agregaban además todas las gracias “*gratis datae*”, de las que fue dotado Jesús para desempeñar su papel único de Salvador, de Santificador, de Glorificador: gracias de curaciones, de milagros, de prodigios, de diversidad de lenguas, de interpretación de discursos, y sobre todo de profecía, ya que Jesús, por su naturaleza divina y humana, era el Profeta. Después de Jesús ya no habrá profetas, sino apóstoles, que serán los instrumentos del Profeta y constituirán, por la Tradición y la Escritura, el depósito de la fe, que quedará cerrado a la muerte del último de los apóstoles. Los sucesores de los apóstoles tendrán que limitarse a transmitir fiel y exactamente las verdades contenidas en ese depósito.

Al período profético sucederá el período dogmático, durante el cual los Papas y los obispos tendrán la misión de conservar y transmitir el depósito sin alteración, “*in eodem sensu et eadem sententia*”, hasta el fin de los tiempos.

Así, pues, es capital tener una justa noción de Jesús Profeta.

¡Felices Pascuas de Resurrección!



«Oh noche
verdaderamente feliz,
que sola mereció
saber el tiempo y la
hora en la que
Cristo resucitó de
los infiernos».



**Fraternidad Sacerdotal
San Pío X**

Visitas de Abril 2024

Primera visita

Viernes 5	VIERNES DE PASCUA <i>1ª Clase</i> <i>Viernes primero</i>	16:30 Confesiones 17:30 Santo Rosario 18:00 Santa Misa 19:00 Exposición del Santísimo
Sábado 6	SÁBADO «IN ALBIS» <i>1ª Clase</i> <i>Sábado primero</i>	15:00 Grupo de Jacintas y L. San Miguel 16:30 Confesiones 17:30 Santo Rosario 18:00 Santa Misa 19:00 Catecismo para niños y adultos
Domingo 7	DOMINGO «IN ALBIS» I DESPUÉS DE PASCUA <i>1ª Clase</i>	09:00 Confesiones 09:30 Santo Rosario 10:00 Santa Misa

Segunda visita

Viernes 19	DE LA FERIA <i>4ª Clase</i>	16:00 Confesiones 17:30 Santo Rosario 18:00 Santa Misa 19:00 Catecismo para adultos
Sábado 20	DE LA VIRGEN MARÍA <i>4ª Clase</i>	16:00 Confesiones 17:30 Santo Rosario 18:00 Santa Misa 19:00 Catecismo para niños y adultos
Domingo 21	III DESPUÉS DE PASCUA <i>2ª Clase</i>	09:00 Confesiones 09:30 Santo Rosario 10:00 Santa Misa

«Nuestro Señor en el sepulcro no sufrió la más mínima descomposición en Su cuerpo. Su divinidad permaneció siempre unida a su cuerpo, así como estuvo unida a su alma. Su alma fue a visitar a los justos del Antiguo Testamento mientras su cuerpo permanecía en el sepulcro. Y cuando Él lo quiso, reunió Su alma a Su cuerpo por Su propia decisión, por Su omnipotencia, porque Él es Dios, porque Él es el Verbo todopoderoso».

Mons. Marcel Lefebvre